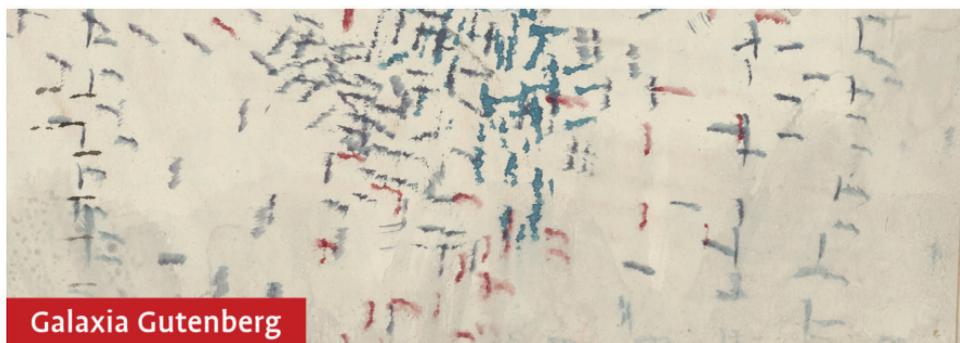


# Pablo d'Ors

## Los contemplativos



PABLO d'ORS

# Los contemplativos

Galaxia Gutenberg

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2023

© Pablo d'Ors, 2023  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 12668-2023  
ISBN: 978-84-19738-05-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## Advertencia

Los relatos que conforman esta colección son susceptibles de, al menos, tres tipos de lectura: la del puro entretenimiento, la literaria o artística, y la más profunda o espiritual, cuyo propósito sería el autoconocimiento y, en definitiva, el crecimiento personal. El primer tipo de lectura, tan legítimo como los otros, pone la atención en las anécdotas. El segundo, para los amantes de la literatura, en la expresividad o elocuencia de las formas. El tercero, en fin, en el fondo de la cuestión, el núcleo al que apunta.

Este tercer tipo de lectura y, sobre todo, la aplicación personal a la que invita, es, evidentemente, el más interesante y jugoso. Si te decides por esta última propuesta, cerciórate de que lees estas historias *como si estudiaras un libro de medicina: tratando de averiguar si padeces alguno de los síntomas que en él se describen*.

Mientras gestaba estos *Cuentos contemplativos* –título del que partí–, pensaba en las pistas que ofrecería a sus lectores para que pudieran trabajar en ellos, tanto a nivel personal como grupal. Esas pistas o consignas podría resumirlas en estas cuatro:

1. Haz una breve sinopsis del relato, centrándote sólo en los sucesos o acontecimientos.
2. ¿Cuáles han sido los dos o tres momentos de esta historia que te han tocado emocionalmente más o que consideras más memorables?

3. Atendiendo a la categoría sobre la que este relato trabaja (cuerpo, vacío, sombra, contemplación, identidad, perdón o vida cotidiana), ¿cuál dirías tú que es la propuesta del autor?
4. Confróntate personalmente con esta narración. ¿Dónde estás tú? ¿Qué te están diciendo estos personajes y estas situaciones sobre tu vida?

En uno de sus maravillosos libros, el famoso Anthony de Mello, primer maestro espiritual del que tuve noticia, escribió, a modo de prefacio, esta «advertencia», que me permito transcribir como pórtico para mi propio libro.

*Resulta bastante misterioso el hecho de que, aun cuando el corazón humano ansía la verdad –pues sólo en ella encuentra liberación y deleite–, la primera reacción de los seres humanos cuando finalmente da con ella sea de recelo y hostilidad.*

*Por eso, mismo, los maestros espirituales de la humanidad –tales como Buda o Jesús– idearon un recurso para eludir la oposición de sus oyentes: el relato. Ellos sabían bien que las palabras más cautivadoras que posee el lenguaje son: «Érase una vez...»; y sabían, de igual modo, que, si bien es frecuente oponerse a una verdad, resulta imposible resistirse a un relato.*

*Viasa, el autor del Mahabharata, dice que, si escuchas con atención un relato, nunca volverás a ser el mismo, puesto que ese relato se introducirá en tu corazón y, como si fuera un gusano, acabará royendo todos los obstáculos que se oponen a lo divino. Por eso, aunque leas los relatos de este libro sólo para pasar el rato, no hay ninguna garantía de que alguno de ellos no acabe deshaciendo tus defensas y explote cuando menos lo esperes. ¡Estás avisado!*

EL AUTOR

## Índice

1. El estilo Wu.....	11
2. Iniciación al vacío.....	55
3. Biografía de la sombra.....	119
4. Torre de observación.....	229
5. Casa giratoria.....	275
6. Laska.....	323
7. La vía media.....	369

# El estilo Wu

## I

A sus ochenta y ocho años, Lita Sanromán vivía en un piso muy modesto del edificio que yo mismo ocupó, en la calle Quintana, 22. No era una de esas personas a quien puedes olvidar con facilidad. Yo, desde luego, no creo que llegue a olvidarla nunca, ¿cómo podría?

—Es usted muy masculino. —Eso fue lo primero que escuché de sus labios, lo recuerdo como si me lo estuviera diciendo ahora mismo.

Acababa de entrar al portal de nuestro inmueble y ella, que me había visto desde el ascensor, había tenido la deferencia de esperarme. Durante el trayecto hasta el tercer piso, donde ella vivía, pude observarla a placer. Lita Sanromán era una apacible anciana de cabello muy blanco y abundante. Tenía la comisura izquierda de la boca ligeramente caída, como si hubiera padecido algún tipo de intervención quirúrgica, lo que en absoluto eclipsaba su luminosidad. Esa fue la impresión que me dio en aquel instante, y que más tarde confirmé repetidas veces: la de ser una mujer radiante, iluminada por su gran fuerza interior.

Pese a tener casi noventa años, había en su movimiento una sorprendente ligereza y flexibilidad. Se había presentado sin quitarme ojo y me había sonreído dejándome ver sus dientes. A decir verdad, no había un instante en que Lita no estuviera sonriendo; y ahora puedo decir que no

he conocido una mirada tan dulce como la suya, ni una simplicidad más sobrecogedora, ni un corazón tan noble.

—¿Masculino? —me atreví a preguntar.

—Sí, masculino —me contestó ella, sin que pareciera que aquella situación, un tanto pintoresca, le incomodara lo más mínimo—. Conmigo no se haga el ingenuo. ¡No es que usted sea mi tipo, no se vaya a creer! —Tenía ochenta y ocho años, repito, y yo, en aquella época, treinta y uno—. Pero no me diga que no es consciente de sus encantos: manos pequeñas y viriles, labios sensuales de cubano...

¿Manos viriles, labios... de cubano...? Aquella desconocida... ¡había conseguido dejarme fuera de juego en el primer *round*!

—No es que se parezca a Denzel Washington o a Charles Bronson, por poner un par de ejemplos claros —continuó Lita, y su sonrisa se hizo, si cabe, aún más abierta—. Pero le cito a estos archiconocidos actores para que se haga usted una idea. —Me miró de arriba abajo, como yo mismo la había mirado a ella poco antes—. Alguien como usted... —y una vez más me dejó ver sus dientes— debe tener mucho éxito con las mujeres, ¿me equivoco?

Llegamos al tercer piso y, como iba cargada con unas grandes bolsas, me presté a ayudarla.

—Puedo sola —replicó ella—, pero si tiene el gusto...

Fue así como entré en la vivienda de Lita Sanromán y como comenzó mi extraña amistad con esta insólita y venerable anciana.

\*

Nos recibió doña Candelaria, a quien Lita llamaba Candy. Fuera por su aspecto, visiblemente más joven que el de Lita, o por sus modales, menos aristocráticos, enseguida pensé que sería una empleada, pues la señora de la casa, dada su edad, requeriría sin duda de ciertas atenciones. Nada de

eso, me equivoqué de medio a medio. Según sabría más adelante, era más bien Lita quien cuidaba de Candy, y ello pese a ser esta unos veinte años más joven.

Apenas hubo presentaciones, aunque algo tuvo que suceder para que de pronto, sin saber cómo, me encontrara sentado en una coqueta sala de estar ante un plato de pastas y una gran jarra de té helado. Tras servirnos a Candy y a mí el té en unos grandes vasos de cristal tallado, Lita Sanromán, que nada más entrar se había puesto un chándal de color azul fluorescente, alzó sin venir a cuento ambos brazos muy despacio, como si cogiera impulso para echarse a volar. Aquello me dejó perplejo, por supuesto, pero no dije nada, no me atreví. Admito que consideré la posibilidad de que aquella pobre mujer no estuviera, después de todo, en sus cabales y que, como no sería de extrañar, padeciera demencia senil. Su mención a Charles Bronson y a Denzel Washington me empezaba a cuadrar. De modo que guardé un silencio circunspecto hasta que el gesto se repitió. En efecto, al coger la servilleta para limpiarse la comisura de sus labios –justo aquella que tenía caída–, Lita elevó de nuevo ambos brazos, otra vez como si se dispusiera a volar. En esta segunda ocasión –lo confieso– me sentí francamente incómodo. ¿Debía hacer algún comentario o, más bien, como poco antes, mantenerme callado? Pero mi dilema se disipó en el acto.

–Es mi hora –dijo Lita y, sin permitirme que arguyera alguna excusa con la que retirarme, puso sus labios en forma de piñón y dio un paso al frente, poniendo su pie, que en algún momento se había descalzado, en la alfombra que presidía aquella coqueta salita de estar.

Como si hubiera entrado quién sabe dónde, Lita alzó entonces la barbilla con suma elegancia, casi con soberbia, y empezó a levantar uno de sus brazos como yo le había visto hacer poco antes, tras servir el té helado en los grandes y gruesos vasos de cristal tallado. Era como si se dispusiera

a danzar; pero no, no era una danza, sino unos movimientos de taichí, como ella misma me explicaría en cuanto terminó aquella primera tabla, la primera de las muchas que le vería realizar en los días siguientes. Ni que decir tiene que asistí maravillado a la ejecución, siempre con absoluta seriedad y conmovedora elegancia, de aquella tabla, y que, en cuanto la acabó, no me resistí a aplaudir.

—Es admirable —no podía por menos de felicitarla—. Lo hace usted... —y me pensé cómo calificarlo— ... maravillosamente. Por un momento creí estar en un ballet —dije también, puesto que al verla moverse con tanta delicadeza como ensimismamiento se me había venido a la cabeza la imagen de una mariposa.

—El taichí me salvó la vida —fue la respuesta de Lita, dicho lo cual tomó asiento de nuevo a mi lado mientras Candy, silenciosa hasta ese momento, rellenó por segunda vez mi vaso de té helado.

—Algún día le contaré, si así lo desea, cómo me aficioné a este arte marcial. —Y tuve la impresión de que Lita, aun sentada, quizá por el ligero balanceo de sus hombros, seguía practicando su arte marcial.

Sí, aun sentada y quieta —aunque aquella anciana nunca estaba lo que se dice quieta—, Lita Sanromán me hizo pensar siempre, fuera por su distinción natural o por la fragilidad que irradiaba, en una mariposa. Eso era: Lita Sanromán fue para mí, desde el mismo día en que la conocí, una bonita mariposa azul.

## 2

Fuera porque mi elogioso comentario hubiera podido animarla o porque también para ella había llegado la hora de sus ejercicios diarios, el caso fue que Candy, que se había ausentado sin que me diera cuenta, apareció de repente,

ataviada también ella con un chándal, si bien esta vez de color naranja. Con un aspecto tan desenfadado como juvenil, aquella mujer, que no llegaría a los setenta, se descalzó en silencio, como poco antes había hecho Lita y, sin preámbulo de clase alguna, entró también en la alfombra, que, evidentemente, servía como espacio para el ritual. Lita se unió enseguida a su compañera y, sin saber cómo, me encontré de pronto ante dos mujeres que danzaban ante mí y que lo hacían con tal armonía y compenetración que las dos me parecieron a veces sólo una. Eran –¿cómo decirlo?– dos mariposas revoloteando –la naranja y la azul– en aquella inesperada primavera que se había desatado en su vivienda de la calle Quintana, 22.

–Me meto tanto en el movimiento –me dijo Candy algo después– que cuando hago taichí me olvido de todo lo demás.

Lita la escuchaba con suma atención, como si fuera la primera vez que oía algo similar. Fue entonces cuando me di cuenta de que aquella mujer había tenido que ser muy bella de joven, antes de que la operaran y quedara con la comisura izquierda del labio caída.

–Todo deja de existir para mí cuando practico taichí –continuó Candy.

Al oír esto pensé en cómo sería eso de que todo, todo en absoluto, dejase de existir cuando uno se sumerge en una actividad. Algo así sería sin duda deseable, pero ¿sería realmente posible?

–Debería usted probar –dijo Candy rellenándose ella misma el vaso de té helado, por cierto delicioso–. Debería usted unirse a nuestro grupo –me invitó con suma amabilidad, a lo que yo reaccioné mostrándoles las palmas de mis manos, para declinar su invitación.

Ambas se echaron entonces a reír alegre y ruidosamente. Aunque no pude comprender el motivo de aquellas risas, tan fogosas, al cabo terminó por hacerme gracia

su manera de reír y también yo las acompañé, aunque sin motivo alguno, sólo por el gusto. Sólo para manifestarme de acuerdo con la vida. Hacía mucho tiempo que no me reía así, tan desenfadadamente. A decir verdad, ¡hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz! ¡Y sólo por compartir un té helado con aquellas dos ancianas, tan risueñas!

–Veo que se lo ha pasado usted bastante bien –me dijo Lita algo más tarde, cuando me acompañó hasta la puerta de su vivienda, terminada aquella alegre velada–. Vuelva mañana, si lo desea.

–Volveré –respondí, y así lo hice, pues había disfrutado como un niño.

De no haberme preguntado si tenía que marcharme, es probable que hubiera permanecido con ellas todavía un buen rato en aquel cálido saloncito. De modo que aquella misma noche, ante el espejo de mi cuarto de baño –sí, sí, lo admito–, ensayé alguno de los movimientos de taichí que había presenciado poco antes. Pero abandoné la intentona enseguida, ¡me parecía estar haciendo el ridículo!

El caso es que supe que Lita y Candy tenían un grupo de taichí y que, gracias a la gentileza del portero –a quien yo conocía bien–, se reunían cada jueves en el patio interior de nuestro inmueble. Me sorprendió no haberles visto nunca, pese a vivir en el mismo edificio.

–En primavera y en verano practicamos ahí –me explicó Candy–. Pero en otoño e invierno lo hacemos en el propio portal. Venga una tarde a vernos –me insistió–, le gustará. Lita es una verdadera profesional.

–Pero ¿usted imparte clases? –quise saber, dirigiéndome a mi anciana vecina, pero sin estar todavía seguro de no encontrarme ante la alocada imaginación de un par de pobres demenciadas.

No, nada de eso. Lita Sanromán impartía verdaderamente aquellas clases.

–Comenzamos con la enseñanza sólo tres –me explicó, ella siempre utilizaba el término *enseñanza*–. En aquellos comienzos –y echó una de sus manos hacia atrás, como indicando que desde entonces había llovido mucho–, podíamos practicar aquí mismo –y señaló el saloncito– o en casa de nuestra Vicenta –una de sus alumnas.

Por alguna razón que no pude averiguar, siempre que hablaban de la tal Vicenta se referían a ella con el *nuestra* delante.

Como no habían encontrado un local que las acogiera sin cobrar, con el permiso del portero y de la comunidad de vecinos, practicaban el taichí en el mismo portal de la vivienda, que era bastante espacioso.

–¿En el portal? –pregunté yo, bastante atónito.

Sentía curiosidad y, al jueves siguiente, a la hora convenida, asistí efectivamente a la llamada enseñanza.

\*

Pude verlo todo con mis propios ojos.

Ataviada con su inevitable chándal azul, tan fluorescente que echaba para atrás, Lita Sanromán realizó con sus alumnas la misma tabla que yo le había visto realizar en su casa, sobre la alfombra.

Sobre esa alfombra tenía que haberme explayado antes, puesto que captó mi atención desde que la tuve ante mis ojos. Debo advertir que la vivienda de Lita y Candy no destacaba por nada en particular, salvo –acaso– precisamente por aquella alfombra ocre que, por lo demás, era parecidísima a la que habría podido encontrarse en cualquier otra vivienda. Entonces, ¿cuál era su particularidad? Pues que sobre ella no había ningún mueble y que, desnuda como estaba, presidía silenciosa y soberana aquel cuartito de estar.

Hablé con Lita y con Candy sobre aquella alfombra, y enseguida comprendí cuál era su función.

—¡Cuidado no la vaya a pisar! —protestó Lita al advertir que, para dejar sus grandes bolsas en la cocina, aquel primer día me disponía a cruzar aquella salita por el medio, no por los lados, como ella misma acababa de hacer—. Es nuestro territorio —arguyó, inclinando la cabeza y solicitando mi comprensión.

—¿Vuestro territorio? —quise saber.

Pero eso sólo me lo explicaron después, cuando vi cómo aquellas mujeres practicaban su taichí. Allí, en aquella alfombra, era donde ambas se transformaban, por obra y gracia de aquellos suaves movimientos, en esos seres alados, tan delicados, que a mí me habían hecho pensar en una primavera improvisada llena de mariposas azules y naranjas.

—El taichí es muy bueno —me dijo Lita al término de aquella sesión, la primera de las muchas en que tomaría parte—, pero mejor aún que el taichí —y me brindó una de sus húmedas sonrisas— son las personas.

Las personas, sí, puesto que a Lita Sanromán, según pude verificar, le encantaban las personas. Tampoco era como para extrañarse, puesto que resultaba imposible llevarse mal con ella. Lita sonreía en todo momento, dijeras lo que dijeras. No fallaba. No hubo día, ni uno solo, en que la viera de mal humor. Reía con frecuencia, una risa contagiosa como no he escuchado otra, y se deslizaba por la vida, y entre sus gentes (y deslizarse es aquí el verbo adecuado), con tanta familiaridad como espíritu de aventura. Esta extraña combinación entre aventura y familiaridad era, seguramente, la clave de su permanente buen humor. Y ese buen humor, junto a sus clases de taichí, hizo posible que Lita fuera conociendo a todas las vecinas de nuestro inmueble. Sabía sus nombres y los nombres de sus hijos, sabía de sus problemas personales y de sus necesidades más perentorias. No es que se esforzara por resultar amable. Era, más bien, que retenía lo que le contaban, pues le interesaba de

verdad. Antes de salir de su casa, por ejemplo, si tenía que bajar a la calle a por algo, Lita Sanromán se ofrecía a las más mayores (todas más jóvenes que ella, por cierto), por si alguna necesitaba que les trajera alguna cosa del mercado o, simplemente, para saludarlas y saber que estaban bien.

—¡No me cuesta nada! —me dijo cuando le pregunté por este hábito—. Es bueno socializar —me dijo también, y me guiñó un ojo buscando mi complicidad.

No estoy acostumbrado a que los ancianos me guiñen un ojo. No creo que esto sea algo muy habitual.

### 3

Lita Sanromán realizaba metódicamente sus tablas de tai-chí dos veces al día, por la mañana y por la tarde, en sesiones de unos veinticinco minutos. Ver a una anciana tan disciplinada y, sobre todo, tan grácil y flexible, impresionaba a cualquiera. Con todo, no fue esto lo que más me impactó, sino comprobar cómo, a lo largo del día, y diría que en los momentos más inesperados, Lita realizaba alguno de aquellos movimientos de taichí para así acordarse de cómo debía mantener siempre la actitud recogida y atenta que se enseña en las artes marciales. Así las cosas, cuando se sentaba a la mesa para desayunar, por ejemplo, cuando extendía la mano para servirse la leche, sin venir a cuento, en lugar de tomar la jarra, Lita giraba su cuello, lenta y elegantemente, o levantaba el brazo para bajarlo poco después, siempre muy despacio, como si fuera una directora de orquesta. O abría el armario ropero y, quién sabe por qué motivo, ponía los dedos en forma de pico de pájaro; o se ponía de puntillas, como si más que una anciana al borde de los noventa fuera una bailarina con dieciséis. ¡Había que ver a Lita cuando alzaba los brazos! En esos momentos me maravillaba sobre todo la posición de sus manos, siempre

con la inclinación justa, siempre con admirable suavidad. La atmósfera se electrizaba cuando aquella venerable anciana practicaba el taichí, todos lo notaban.

Todos, sí, puesto que aquel jueves, el de la primera clase a la que asistí, comprobé satisfecho que yo no era el único, ni mucho menos, que sentía admiración por aquella mujer. Cuando Lita y Candy me hablaron de sus clases, no sé por qué pensé que no las frecuentarían más de siete u ocho personas, nueve a lo sumo. Nada de eso, aquel jueves –el primero de los muchos que seguirían– se juntaron no menos de veinte, todas mujeres menos un varón, pero tan entregado ese al taichí como cualquiera de sus compañeras. Ninguna de todas aquellas mujeres era lo que se dice mayor –como también había imaginado, tontamente–, sino de todas las edades, pero sobre todo jóvenes. Quedé gratamente impresionado, por otro lado, al constatar la inmensa deferencia con que aquellas jovencitas trataban a su maestra, enmudeciendo en cuanto ella entraba al patio, por ejemplo, pero también obedeciendo la menor de sus consignas y brindándose para todo lo que pudiera necesitar. Viendo a todas aquellas mujeres ahí, moviéndose a cámara lenta, creí encontrarme por un momento en plena naturaleza; y una vez más sentí el impulso de practicar taichí yo mismo, si bien, por una u otra razón, terminé por desistir. No estaba preparado, me daba vergüenza; y preferí asistir, como simple espectador, al suave vuelo de todas aquellas mariposas, alineadas y guiadas por Lita, la mariposa-reina.

–¿Se va a apuntar? –me preguntó el único alumno varón al término de aquella sesión, la primera a la que acudí.

–¡No, no! –respondí yo, como si hubiese recibido una propuesta deshonesta–. Sólo he venido a mirar –dije también, mientras que aquel caballero de mediana edad y suave sonrisa se colgaba a su espalda una mochilita.

–Me he hecho una amiga de ochenta y ocho años –les dije aquella misma tarde a mis amigos Víctor y Ferrer.

Como no comentaron nada, me atreví a dar un paso más.

–Estoy pensando en apuntarme a un grupo de taichí –les dije también, aunque en realidad nunca había pensado en nada semejante.

–Yo no soporto el taichí –sentenció Víctor.

\*

Aunque basta que entre en un lugar para que sienta deseos de marcharme, algo había en casa de Lita y Candy que siempre me retenía a su lado: su amabilidad, posiblemente, o la amenidad de su trato, quizá fuera eso, o acaso la suavidad de sus modos y lo mucho que ambas se reían por las más absurdas insignificancias, logrando contagiarme de su infantil hilaridad. Quiero decir que no sé bien qué es lo que en realidad me llevaba cada tarde a esa casa, pues nunca, nunca, me decidí a practicar el taichí. Sin embargo, yo no era el único del vecindario fascinado con la personalidad de esta anciana, como prueba que eran muchas las veces en que me encontraba en su casa con don Jesús Antonio, el párroco. Claro que él tenía la excusa de llevarle el santo sacramento, de acuerdo; pero ¿cómo explicar que se quedara luego tanto rato, cuando ya había terminado sus servicios?

Recuerdo la mañana en que le conocí.

–¡Es don Jesús Antonio! –voceó Candy desde la puerta, pues era ella quien le había abierto.

Como comprobaría acto seguido, se trataba de un hombre poco más o menos de mi edad. Vestía unos vaqueros, unas deportivas y una camisa a rayas. El joven párroco entró en el saloncito y me saludó con extrema familiaridad, como si me conociera de toda la vida; luego se apoltronó en una de las butacas en una postura que estimé muy poco sacerdotal, mientras esperábamos a que Lita saliera de su

habitación, de donde llegó al cabo con los labios ligeramente pintados.

Escuché cómo aquel sacerdote invitaba a Lita a que viniera a su parroquia a dar allí sus clases de taichí. Me gustó lo que le contestó:

–Mejor vamos a quedarnos aquí. –Y puso su mano en el brazo del clérigo, tratando de consolarle–. Aquí estamos muy bien. Nos ve la gente que pasa por la calle y... algunos se quedan.

Lita tenía razón. Yo mismo vi cómo algunos transeúntes se paraban ante el portal, asombrados de que allí se impartieran aquellas clases. Y constaté cómo más de uno no se conformaba con mirar, sino que entraba y preguntaba si había algún modo de inscribirse.

Aunque eran muchos los días que iba a misa a primera hora, Lita quiso asegurarse de recibir la Comunión a diario, por lo que se había apuntado en su parroquia a una lista para que se la trajeran a casa. Al estar allí presente, pude ver cómo se preparó para recibir la Eucaristía: no con un rato de devoto silencio o recitando una plegaria –como es probable que haga la mayoría de los feligreses–, sino precisamente, y para mi sorpresa, con algunos suaves movimientos de taichí.

–No se preocupe –me dijo poco antes de empezar con aquella tabla–, en esto no tardo más que en lo que se recita un Credo. –Y, en efecto, terminó en poco más de un minuto.

–El Cuerpo de Cristo –oí decir al párroco, con la sagrada Forma en la mano, cuando ella hubo concluido su preparación.

Lita sacó la lengua para recibir a Jesús sacramentado y sí, os lo juro, unió los dedos de sus manos, imitando el pico de un pájaro, para, al fin, quedarse recogida y en silencio, con esas manos suyas, todavía en forma de pico, dulcemente cruzadas en el pecho.